

Soledad

M^a Jesús Magaña Ondarza

Han pasado solamente seis meses desde que se fue... La muerte va más allá del sentido de la vida. Las personas rehuimos generalmente la palabra muerte. Casi siempre con miedo y al mismo tiempo con un deseo de inmortalidad nos preguntamos ¿Qué habrá después de la muerte? Por más que queramos evitarlo nos seguimos haciendo la misma pregunta. No sólo trunca la vida del finado, sino que cambia por completo nuestra existencia, nuestros amores, ilusiones, proyectos y esperanzas, nos aleja del ser querido y parece abocarnos a la nada.

Los humanos somos los únicos seres conscientes de ello, sin embargo, no queremos pensar ni asumir esta realidad. La muerte nos muestra lo frágil que es nuestro ser, lo poco que valemos, que somos caducos, ingenuos e ignorantes. Nos creemos unos genios de la naturaleza, pero al fin la muerte tiene la última palabra.

Los seres queridos que ya no están con nosotros nos hacen ver lo que perdimos y también lo que tenemos, porque forman parte de nuestra historia. Sin recuerdos no seríamos humanos. Estamos hechos de vivencias compartidas, por eso nos parece injusto que se nos arrebatase esa vida que caminaba junto a nosotros por el sendero de la existencia, dejándonos tan huérfanos y desamparados. Ésa es para mí la palabra exacta, "desamparada".

Su recuerdo se reincorpora a mi vida, me emociona y me acompaña, manteniendo viva su imagen para seguir ese proceso que se lleva a cabo hasta llegar a asumir su marcha.

Ese dolor es parte del alejamiento forzoso de alguien a quien hemos querido tanto y cuando lo asumimos se produce la curación de esa herida interna, de



esa lucha entre el amor que no cesa y esa otra fuerza que nos aleja de él.

Este proceso de recuperación evoluciona lentamente, superar el luto varía según la fortaleza de cada persona. Cuesta admitir que ya no está y que no le volveremos a ver, aunque en nuestro pensamiento continúe vivo y permanecerá en nuestra memoria mientras tengamos capacidad de recordar, porque las personas sólo mueren realmente cuando no se las recuerda.

Los primeros días, toda la energía es absorbida por los recuerdos y los afectos intensos. La mente no puede interesarse por nada, ni siquiera por lo que ocurre a nuestro alrededor, todo nos da igual, pero poco a poco una pequeña parte de esa carga psicológica se va liberando y comienza a fluir otra energía nueva que busca y necesita una vida diferente, hasta llegar a ese momento en que las ganas de vivir vuelven a renacer.

Volver a empezar, sin olvidar, pero admitiendo que puede coexistir mi amor por él con los demás que-

haceres cotidianos, con el ánimo suficiente para continuar el día a día valorando lo que el me aportó.

Pienso en lo que va a cambiar mi vida de ahora en adelante.

Sola, en esta especie de exilio voluntario aprendiendo a vivir el silencio y al mismo tiempo disfrutarlo.

Tengo mil razones para ir superando esta tristeza. En el campo, en contacto con la naturaleza que es para mí una fuente de salud física y mental, en paz conmigo misma.

Ha llegado la primavera, y renuevo el jardín mientras observo a los pájaros buscando las semillas de las plantas, que ya muestran los nuevos brotes y a los árboles que renacen un año más.

Yo me siento acompañada por él. ¡Gozamos tanto de este jardín! Me resisto a no ser feliz de nuevo, quiero disfrutar de lo que tengo y aunque él no esté presente siempre vivirá conmigo. ■

